

*Francisco Márquez de la Rubia*

De la antiglobalización a la nueva  
gobernanza

## De la antiglobalización a la nueva gobernanza

### Resumen

Parece un hecho incontestable que la globalización está provocando efectos no deseados en términos de inequidades, desigualdades y grupos afectados, lo que está suponiendo la vuelta a la escena de movimientos políticos y sociales que se nutren del antiguo nacionalismo y de mensajes populistas. Mientras, las soberanías estatales se erosionan a la espera de que surja una nueva gobernanza que ayude a superar los excesos y los errores del proceso de hiperglobalización. El mundo globalizado del siglo XXI parece exigir una mundialización con un rostro más humano.

### Abstract

*It seems to be an undeniable fact that globalization is causing undesirable effects in terms of inequities, inequalities, and badly affected social groups. We observe the return to the scene of political and social movements that are nurtured by the old nationalism and populist message. Meanwhile, State sovereignty is eroding but a new governance that would help to overcome the excesses and errors of the hiperglobalizacion process, is not in the close future. The globalized world of the 21st century seems to require a globalization with a more human face.*

### Palabras clave

Globalización, antiglobalización; hiperglobalización, populismo, nueva economía, deslocalización, Liberalismo.

### Keywords

*Globalization, anti-globalization; Hyperglobalization; Populism; New economy; Offshoring; Liberalism.*

**Una nueva gobernanza aún por describir**

A medida que avanza el siglo XXI desaparecen las clásicas divisiones políticas heredadas de la Revolución Francesa y parecen surgir nuevas categorías. Atrás quedan los días de izquierda versus derecha o de liberales contra conservadores. La interdependencia transfronteriza, tanto desde el punto de vista económico, como tecnológico ha crecido considerablemente desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Mientras que la globalización nos ha demostrado que bienes, personas y capitales pueden circular libremente por todo el mundo, paradójicamente parecen redescubrirse las ideologías nacionalistas. Antiguos y trágicos fantasmas que ya dábamos por enterrados parecen levantarse con renovados bríos y acontecimientos inesperados por su trascendencia sistémica como el Brexit o la elección de Donald Trump en Estados Unidos retan la continuidad y el futuro de la Unión Europea ofreciendo la posibilidad de un nuevo proteccionismo parece atraer a aquellos que se han sentido dejados atrás por el nuevo mundo global y sin reglas.

Con la derrota (al menos por el momento) en Francia y en Holanda de los últimos envites populistas que reclamaban posicionarse contra el fenómeno globalizador, muchos gobiernos de Europa y del resto del mundo han sentido alivio y parecen haber extraído la conclusión de que la oleada populista y de nacionalismos habría llegado a su fin. Sin embargo, probablemente sea esta una celebración demasiado anticipada. Los que se sienten perjudicados por la globalización seguirán votando con ira, y lo harán teniendo en cuenta los cambios sociales y culturales que creen que están fuera de su control.

Y no parece sensato que desdeñemos los argumentos que se esgrimen en ese sentido. A medida que la tecnología avanza (y lo hace a un ritmo cada vez más rápido), también se acelera la nueva revolución en un proceso que recuerda al que vivieron los Estados europeos durante las revoluciones industriales del siglo XIX. El desempleo y la desigualdad aumentan en todos los países desarrollados. La incorporación a la vida cotidiana de las últimas tecnologías, de empresas innovadoras como Uber o de herramientas de comunicación instantáneas como Twitter rememoran las dinámicas y tensiones que sufrió Europa en otras épocas como por ejemplo con la llegada de la máquina de vapor o con el comienzo de la implantación del telégrafo hace 150 años. No es de extrañar que millones de personas teman que fenómenos asociados a la globalización como el rápido avance de la automatización y la inteligencia artificial terminen por expulsarlas de sus trabajos. Aquí radica lo verdaderamente esencial de la

situación. Las personas que no alcanzan a comprobar las bondades de esta época tienen razón cuando expresan su inquietud por sus puestos de trabajo y por la continuidad del mundo tal y como lo conocían.

Nadie niega ya la magnitud de la transformación en curso. El filósofo francés Luc Ferry en su última obra publicada distingue las dos lógicas que disputan el papel de las plataformas digitales que se han incorporado a nuestras vidas en este siglo XXI<sup>1</sup>. La primera defiende que Internet y las plataformas sociales forman parte de una tercera revolución industrial que permitirá organizar la vida al margen del régimen capitalista y de las dos estructuras que le son inherentes desde el siglo XVII: el Estado y el mercado. Esta revolución presenciaría el eclipse definitivo del capitalismo. La segunda, a la que se adhiere Ferry, no niega que se trate de una revolución (a la que pertenecerían también la incorporación de las energías renovables y no fósiles y que quizá dé lugar a una estructura descentralizada de la vida económica), pero que conllevará de modo estructural una formidable desregulación.

Desafortunadamente, el relato argumental a favor de la globalización rara vez se hace de manera sólida y convincente, y, sin embargo, es posible encontrar en nuestra historia pasada y reciente ejemplos que sugieren que la globalización o, como hemos indicado, periodos similares de transformación global, pueden ser muy positivos para un país o una región de nuestro planeta. España y su otrora imperio transoceánico, con el trasiego de bienes, personas... de cultura en definitiva, es un buen ejemplo de cómo se transformó el mundo y las entonces metrópoli y colonias a medida que los intercambios se hacían más intensos. El imperio británico en su apogeo de esplendor es también un buen ejemplo: la apertura de nuevos mercados en África, las Américas, la India, el Lejano Oriente y Australia creó el Londres que conocemos hoy. Las comunidades de China, Asia y África Occidental también se han convertido en parte de la naturaleza diversa y dinámica de la ciudad y han dejado su huella en la cultura londinense actual.

Los ciudadanos del mundo no rechazan el futuro sino, que desean el cambio, un cambio que permita mejorar sus vidas y las de sus familias en ese futuro. No obstante, la esperanza de hacer que sus países sean «grandes de nuevo» puede ser algo engañosa. La nostalgia es un componente inexorable de la naturaleza humana, pero sería erróneo olvidar las circunstancias negativas que también estuvieron presentes en nuestro

---

<sup>1</sup> *La revolución transhumanista*. Luc Ferry. Alianza Editorial.

pasado. Los líderes del mundo desarrollado han de demostrar que este nuevo planeta con fronteras abiertas puede ser un futuro de éxito para sus sociedades. Para ello tienen que rebatir el argumento de que la globalización funciona solo para unos pocos y deben demostrar que, por el contrario, trabaja para todas las personas y mejora todas las vidas. Si eso no se hace y no se hace bien, el fenómeno del nacionalismo populista podría volver a ser tan poderoso como lo fue durante el siglo pasado, con resultados impredecibles pero que también la historia nos recuerda con temor.

Llegados a este punto, sería un error concluir que el malestar social con la economía global, o al menos con la forma como la economía global trata a la mayoría de los que forman parte de (o anteriormente formaban parte de) la clase media, ha llegado a su punto máximo. Si las democracias liberales desarrolladas mantienen políticas de *statu quo*, los trabajadores desplazados continuarán sintiéndose marginados. Muchos de ellos sentirán que al menos el presidente Trump u otros líderes similares al mandatario norteamericano, parecen comprender y compartir la angustia de los trabajadores. La idea de que los votantes vayan a posicionarse en contra del proteccionismo y el populismo por su propia voluntad sin nada más que una somera recopilación correcta de principios éticos o morales puede ser una vana ilusión cosmopolita propia de élites bienpensantes convencidas de su propio paradigma. Los defensores de las economías liberales de mercado deben entender que algunas de las innovaciones, reformas y avances tecnológicos pueden dejar a algunos grupos, a grupos numerosos, en una situación peor de la que estaban. Según los principios teóricos, la globalización, la apertura comercial, el levantamiento de barreras, los cambios... aumentan en general la eficiencia económica y permiten a los ganadores compensar a los perdedores. Sin embargo, si pasados los años los perdedores continúan en peor situación, ¿por qué deberían apoyar la globalización y las políticas a favor del mercado?

De hecho, lo lógico y más favorable a sus propios intereses sería apoyar a políticos que se opongan a esos cambios. Ante un panorama en el que los ciudadanos tienen una creciente sensación de pérdida de control sobre su entorno, de inseguridad acerca del futuro de sus hijos, de incertidumbre sobre el desarrollo económico, social o cultural o de frustración ante el incumplimiento reiterado de las promesas de un mejor porvenir, de falta de confianza en las instituciones y en los sistemas que tradicionalmente han presidido sus vidas, parece al menos, una comprensible reacción humana escuchar al que promete el cambio necesario para atajar todos esos interrogantes. La frustración

suele convertirse en resentimiento (y en señalamientos de culpa) y en las sociedades damnificadas esa frustración está derivando hacia un rechazo muy primario y poco racionalizado hacia la política en general y hacia sus actores en particular. Ese rechazo se amplía con facilidad a la tecnocracia europea («los hombres de negro»), o a las minorías culturales, o a colectivos de inmigrantes, o a las mismas políticas de integración. El papel cuasi soberano de algunas instituciones como el Fondo Monetario Internacional pone en cuestión el ejercicio de los poderes democráticos y parece situar a esas instituciones, no elegidas por encima incluso de los propios textos constitucionales de las naciones democráticas<sup>2</sup>, muchas de cuyas previsiones quedan hoy con casi nulas posibilidades de llevarse a la práctica. Es lo que se ha denominado el largo *Thermidor* del constitucionalismo antidemocrático<sup>3</sup>. Las diferentes corrientes de rechazo a lo establecido o a sus consecuencias pueden terminar cristalizando e integrándose en bloques de opinión que serán objeto de la atención de los nuevos líderes populistas de la antiglobalización<sup>4</sup>. La manipulación política populista desemboca con facilidad en un escenario social de degradación de valores, de identificación simplista de culpables e incluso de enfrentamientos intergrupales.

Por lo tanto y aunque parezca una obviedad extraída de los últimos acontecimientos internacionales: la ausencia de políticas avanzadas que incluyan amplios programas de bienestar social, de reconversión laboral, de formación, de refuerzo de valores y principios éticos, así como de planes de ayuda a personas y comunidades relegadas por la globalización, pueden convertir a líderes al estilo de Donald Trump en una presencia permanente dentro del paisaje.

El proteccionismo defendido por este tipo de liderazgos, plantea un reto global a la economía mundial. Durante el siglo XX los países más desarrollados crearon un orden económico basado en reglas internacionales y en el principio comúnmente aceptado de que los bienes, servicios, personas, e ideas podían y debían moverse libremente a través de las fronteras en beneficio de la mayor eficacia, eficiencia y productividad del sistema. Ahora los nuevos líderes populistas cuestionan estos principios básicos con su vuelta a

---

<sup>2</sup> La reforma exprés del art. 135CE es un buen ejemplo de la imposición exterior de modificaciones incluso constitucionales. <http://www.congreso.es/consti/constitucion/indice/sinopsis/sinopsis.jsp?art=135&tipo=2>.

<sup>3</sup> PISARELLO, G. *Un largo thermidor. La ofensiva del constitucionalismo antidemocrático*. Madrid: Trotta, 2011.

<sup>4</sup> HELD, D. «Democracy, the nation-state and the global system». *Economy and society*, n.º 20-2, 1991, p. 148.

postulados proteccionistas. Si sus argumentos a favor del retorno a un mundo en el que las fronteras eran esenciales cala en sus sociedades, las empresas se lo pensarán dos veces antes de construir sus cadenas de producción y de suministros globales. La incertidumbre e inseguridad resultante desalentará las inversiones, sobre todo las inversiones trasfronterizas, lo que disminuirá el impulso hacia un sistema global sustentado en reglas transnacionales; y al tener menos inversiones en el sistema, los defensores de dicho sistema tendrán menos incentivos para impulsarlo.

Una situación como la descrita sería realmente un problema de dimensión aún desconocida para el mundo entero. Nos guste o no, la humanidad va a permanecer conectada globalmente, y deberá enfrentarse a problemas comunes como el cambio climático o la amenaza del terrorismo transnacional. Es ineludible la necesidad de reforzar y de no debilitar, la capacidad y los incentivos para trabajar de forma coordinada y colaborativa entre los Estados con el propósito de resolver estos problemas.

La globalización y su éxito dependerá de que en los próximos años el mundo sea capaz de organizar una gobernanza efectiva, de que seamos capaces de construir sistemas inclusivos que tengan en cuenta los errores en los que se ha incurrido hasta ahora<sup>5</sup>. Algunos pasos se están dando en este sentido en las actuales instituciones internacionales en un proceso que aspira a articular mecanismos a través de la cooperación interestatal y de las redes transnacionales ya establecidas en distintos ámbitos sectoriales. Estos mecanismos incorporarían también procedimientos de ayuda para resolver el conflicto en caso de que este se produzca.

No siempre estas ayudas han venido desprovistas de ideología hiperglobalizadora o simplemente amparada en «los mercados». El profesor J. Stiglitz ha desarrollado varios de sus documentos de análisis sobre casos en los que se habían realizado análisis ideológicos de los problemas que les impedía tomar una decisión correcta sobre cuáles eran estos y cuál era la realidad sobre la que habían de aplicar sus recetas económicas estandarizadas que en muchos casos han hecho que «el dolor padecido por los países en desarrollo en el proceso de desarrollo orientado por el Fondo Monetario Internacional y las organizaciones económicas internacionales haya sido muy superior al necesario»<sup>6</sup>. En cualquier caso la propia existencia de estas nuevas dinámicas constata la idea de la existencia de disfuncionalidades en el fenómeno globalizador: desde hace ya años

<sup>5</sup> ESTEFANÍA, J. *La nueva economía. La globalización*. Madrid: Temas de Debate, p. 13.

<sup>6</sup> STIGLITZ, J. *El malestar en la globalización*, Taurus (2010).

numerosos estudiosos de las relaciones internacionales reconocen que la interdependencia entre Estados o naciones y la falta de gobernanza global implican riesgos evidentes de mal funcionamiento, aun cuando los potenciales beneficios de la cooperación superen los riesgos de los conflictos no regulados. Ante la evidente pérdida de poder, de capacidad o de influencia de los Estados las instituciones (nuevas o renovadas) vuelven a revelarse como esenciales para que los pueblos puedan aspirar a obtener beneficios reales del fenómeno global.

### ¿Hacia un retroceso de los Estados nación?

Son diversos los factores todos ellos auspiciados, fomentados o iniciados por el fenómeno globalizador, que están propiciando la erosión del Estado nación:

En primer lugar podríamos señalar que la globalización ha provocado que la autonomía o la capacidad de los gobiernos nacionales a la hora de desarrollar sus políticas económicas se vea muy mermada. Esta situación es aún más evidente en el caso de los países que se integran en organizaciones supranacionales, como los países de la Unión Europea y más concretamente de los miembros de la Unión Monetaria. Parece paradójica la situación de Naciones Unidas, que en el momento actual podría tener un mayor sentido desempeñando una función regulatoria equiparable en algunos aspectos a la de un gobierno mundial y que en cambio está anclada en un papel claramente secundario. El mundo lleva tiempo planteándose la necesidad de adaptar Naciones Unidas y, en general, las instituciones surgidas de Bretton Woods a las circunstancias actuales, que difieren enormemente de las que se daban hace sesenta años.

En cualquier caso hay un hecho que es incontestable y que abunda en la idea de la necesidad de una nueva gobernanza internacional: el número de acuerdos internacionales y de organizaciones internacionales está creciendo de forma exponencial<sup>7</sup>. Unos datos: de las 1.422 que existían en 1960 se ha pasado a 14.271 en 1981 y a 64.442 (se han multiplicado por cuatro en 20 años) en el año 2011. Directamente relacionado con lo anterior es el hecho de que el marco supraestatal haya ido ganando poder e influencia por medio de cesiones directas e indirectas de los poderes públicos soberanos, lo cual tiene un efecto inmediato sobre el componente democrático en el funcionamiento de lo público. Citando a Capella, asistimos a un

<sup>7</sup> STRANGE, S. *The retreat of the state. The diffusion of power in the world economy*. Cambridge University Press, 1996, pp. 44 y ss.



proceso en el que «cuanto más se enfatizan retóricamente las bondades del sistema representativo más fuerza cobra el gobierno tecnocrático del mundo»<sup>8</sup>. Esta idea del gobierno de tecnócratas, que se aleje de los malafamados políticos profesionales, hunde sus raíces en las líneas de pensamiento que parten de el desarrollo de las teorías sobre el fin de las ideologías de las que Fukuyama es su mayor representante<sup>9</sup>. Con esta línea de pensamiento se trastoca el modelo de legitimación en la medida en que «busca legitimarse, no tanto por la aquiescencia formal del demos, cuanto por la eficacia cuyos parámetros autodefine y publicita el propio nuevo modelo». No nos debe parecer muy extraña ni alejada una idea como esta pues la realidad italiana de los últimos años ha sido una plasmación de la misma: en 2011 en pleno apogeo de la gran crisis, el gobierno salido de las urnas de Silvio Berlusconi fue abruptamente sustituido por un gobierno de técnicos encabezado por el ex comisario europeo Mario Monti. La democracia parlamentaria representativa cedía el paso así, a la supuesta eficacia, imprescindible ante la debacle económica que se avecinaba.

Otro factor relevante es la creciente movilidad de los factores productivos, principalmente el capital, en un mundo que desregulariza los movimientos financieros, limita la capacidad de obtención de ingresos vía impositiva, y observa que el mismo hecho está limitando la capacidad de financiación vía deuda pública o bonos de algunos Estados. Los mismos argumentos pueden utilizarse en el caso de políticas estatales clásicas, como la política monetaria o cambiaria que en muchos países ha dejado de ser operativa por razones de incorporación a una divisa común (caso UE) o porque sus monedas están de hecho vinculadas a las divisas fuertes. Términos como «la tiranía del mercado» son habituales y se han incorporado a la argumentación más clásica antisistema.

De hecho, y como ha señalado el profesor Capella<sup>10</sup>, esto se ha articulado mediante el traspaso «de decisiones capitales de la esfera pública a la esfera privada». Con independencia de que este derecho se cree y se mantenga al servicio de los grandes agentes económicos y se presente como beneficioso para la humanidad en su conjunto. De nuevo la gobernanza democrática se ve debilitada en sus principios esenciales. Como tercer factor podríamos considerar a los nuevos nacionalismos que se autoproclaman cercanos a los pueblos. Los movimientos nacionalistas más que desear

<sup>8</sup> CAPELLA, J. R. *Entrada en la barbarie*. Ed. Madrid: Trotta 2007, p. 169.

<sup>9</sup> El texto de FUKUYAMA que ha tenido más eco en España es un breve artículo que condensa su posición FUKUYAMA, F. «¿El fin de la historia?». *Temas clave*, n.º 1, pp. 85 y ss.

<sup>10</sup> CAPELLA, J. R. *Fruta prohibida... Op. cit.*, p. 260.

una reacción contra la globalización tratan de sacar partido de la misma, a partir de los importantes cambios que viene experimentando la estructura económica mundial: la liberalización y desregulación de los mercados de bienes y servicios, capitales y factores; los avances en transportes y comunicaciones; la terciarización de la economía, que permite la especialización en servicios con un alto valor añadido; o la mayor facilidad para adherirse a procesos de integración o cooperación en el ámbito interregional e internacional. Estas dinámicas, que llevan inherentemente asociados ciertos procesos de pérdida de identidad, son utilizadas a su favor por el discurso nacionalista latente en comunidades poco favorecidas en las últimas décadas.

Como otra consideración (cuarta) del fenómeno podríamos incluir la constatación de una creciente dificultad por parte de algunos Estados para ofrecer determinados bienes públicos monopolio hasta ahora de las estructuras estatales. La globalización está provocando que la provisión, parcial o totalmente, de un creciente número de bienes públicos no pueda ser garantizada plenamente por parte del Estado. Se habla ya de los «bienes públicos globales». Un ejemplo muy claro es el caso de la seguridad nacional. En un mundo global en el que las amenazas a la seguridad no conocen fronteras, ningún país puede por sí solo defenderse ante ataques nucleares, químicos o bacteriológicos, ante ataques del terrorismo transnacional o ante pandemias desoladoras.

Citando al profesor Castells: «El Estado nación cada vez está más sometido a la competencia más sutil y más preocupante de fuentes de poder que no están definidas y, a veces, son indefinibles. Son redes de capital, producción, comunicación, crimen, instituciones internacionales, aparatos militares supranacionales, organizaciones no gubernamentales, religiones transnacionales y movimientos de opinión pública. (...) Así que, aunque los Estados nación continúan existiendo, y seguirán haciéndolo en el futuro previsible, son, y cada vez lo serán más, nodos de una red de poder más amplia»<sup>11</sup>. La cooperación interestatal es imprescindible para proveer de seguridad a las sociedades nacionales. De nuevo el papel del Estado se pone en entredicho.

Por último hay que hacer hincapié en el creciente protagonismo de la sociedad civil. En la medida en que el Estado no ha sido capaz de atender con eficacia y eficiencia algunas necesidades, y que la sociedad civil tiene a su disposición herramientas tecnológicas que le permiten organizarse y adoptar posiciones comunes, el papel del Estado se verá

<sup>11</sup> CASTELLS, M. «La era de la información». *Economía, sociedad y cultura*. Vol. 2. *El poder de la identidad*. Madrid: Alianza Editorial 1998, p. 334.

progresivamente disminuido. La sociedad cooperativa encuentra espacios que le permiten zafarse de la regulación normativa y que parece acomodarse bien a un mundo de individuos interconectados que no necesitan vínculos estatales.

### **Un interrogante final: ¿Es posible tenerlo todo?**

Ante este panorama parece más necesaria que nunca la reflexión que ya en 1979 hacia el que fuera líder de la Revolución de Terciopelo en Checoslovaquia, Vaclav Hâvel, en uno de sus ensayos, en el que exponía el concepto de posdemocracia. Havel lo definía como esa nueva sociedad de las postrimerías del siglo XX amparada por las instituciones de la democracia representativa pero alejada sentimental y prácticamente de esas mismas instituciones en un ejercicio de amor/odio con graves consecuencias prácticas. A partir de la gran crisis de 2008 hasta ahora ese «gap» real entre las instituciones representativas y los ciudadanos a los que representan, entre las instituciones financieras y las sociedades a las que deberían servir, entre la política y la sociedad real han ganado peso como parte integrante del paradigma de la globalización.

En un paso más allá en el análisis de la situación creada por la globalización el profesor de Economía Política de Harvard, Dani Rodrick, intentaba ofrecer algunas respuestas en su obra «La paradoja de la globalización». En ella Rodrick desarrolla su teoría sobre el «trilema político de la economía mundial», trilema que él establece entre la hiperglobalización, la democracia y el Estado nación. Para Rodrick en nuestras sociedades posmodernas solo serían posibles dos de esas tres premisas al mismo tiempo. Es decir, la democracia tiende a debilitarse en el marco del Estado nación cuando ese Estado está integrado profundamente en la economía internacional; o bien la democracia y el Estado nación solo son compatibles si se ponen límites prácticos a la globalización; o por último la democracia podría llegar a encontrar formas de coexistencia con la globalización pero siempre que se articularan fórmulas de gobernanza transnacional y que se debilitara el Estado nación.

Según este análisis, y como primera opción, el Estado nación y el momentum de globalización amplia (hiperglobalización) solo serían compatibles en un escenario en el que el Estado abdicara de algunas de sus funciones tradicionales para dedicarse a proveer exclusivamente bienes públicos caracterizados por el objetivo de orientarse al buen funcionamiento de los mercados. En ese escenario según Rodrick: «El objetivo de los gobiernos es ganar la confianza de los mercados para poder atraer comercio y

entradas de capital: austeridad, gobiernos pequeños, mercados laborales flexibles, desregulación, privatización y apertura comercial».

Como una segunda alternativa, sería posible articular un escenario en el que se limitara la globalización para fortalecer la democracia y las distintas soberanías nacionales. Rodrick no parece muy entusiasta en cuanto al pragmatismo de este segundo escenario. Aun así cree que para llegar a él sería necesario que se replantearan los grandes acuerdos comerciales internacionales, se regularan de forma mucho más restrictiva los movimientos transnacionales de capital y se establecieran prioridades nacionales de logros sociales inclusivos por encima de los objetivos de los grandes conglomerados empresariales o financieros.

Como última opción (y es en esta en la que el profesor de Harvard parece volcarse) se podría intentar avanzar en un programa que construyera verdaderas estructuras de democracia transnacional compatibles con el poder de la globalización, aun cuando fueran en detrimento inevitable de las clásicas estructuras de los Estados nacionales. Este es el camino señalado para Europa que con una experiencia de años acumulada en materia de integración y redes vinculantes, ha construido una realidad supranacional en un proyecto que ahora parece precursor de la globalización de nuestros días y que debe encontrar la vía para seguir avanzando en la integración política y económica, reconstruyendo el proyecto europeo, preservando los valores democráticos y a la vez afrontando el fenómeno integrador de la economía global.

### Conclusiones

Si la globalización sigue siendo gestionada como ahora, solo contribuirá a crear más pobreza, más desigualdad y más inestabilidad. Decía Keynes con particular ironía, que de seguir así «a largo plazo, todos estaremos muertos». No es esa la situación, pero es imprescindible reconocer estos desafíos y armarse de voluntad política para abordar las soluciones. Si logramos modificar el rumbo, entonces podremos decir que el malestar ante la globalización no fue en vano.

Pero todo ello requerirá, sin duda, de mucho tiempo. Es necesario conseguir que los países en desarrollo se doten de gobiernos fuertes y eficaces, y que los países ricos sean conscientes de la necesidad de abordar la reforma del sistema con criterios éticos y de largo plazo. Se necesitan políticas para un crecimiento sostenible, equitativo, transparente, participativo y democrático. Esta es la vía hacia un desarrollo integral que

aproveche lo mejor de la globalización. El desarrollo no consiste en ayudar a unos pocos individuos a enriquecerse o en subvencionar industrias sin arraigo real que solo lograrán aumentar la cuenta de resultados de los ya privilegiados en los países en desarrollo. Un desarrollo integral es el que se espera de los progresos anunciados por el advenimiento de esta época de cambios globales y debe aspirar a transformar las sociedades, mejorar la situación de esas sociedades en su conjunto y permitir que todos tengan la oportunidad de mejorar sus vidas. El mundo global interconectado no puede permitirse seguir asistiendo a tragedias retransmitidas en directo de muertes por hambrunas, o de millones de personas que no tienen acceso a la educación o a los servicios de salud más elementales.

El mundo, nuestras sociedades, exigen una globalización con un rostro más humano y todos los procesos que la acompañan deben tener muy en cuenta esta exigencia ética y social.

*Francisco Márquez de la Rubia  
Teniente coronel de Infantería (DEM)  
Analista del IEEE*